

# Pantagruelión y la medicina

por Suleiman Benidriiss

**P**or aquel entonces, la rebelión se podía percibir como una meteórica consecuencia a la sanción impuesta el año anterior contra la población musulmana que habitaba la península y, más concretamente, el sur que se extendía desde la costa levantina y por todo el territorio alpujarreño, y que estaba crispando los ánimos de todos nosotros, musulmanes y siervos del único Dios. En las dos décadas pasadas, contaba mi madre, la población musulmana había sufrido las barbaridades más atroces a manos de los viejos cristianos y las nuevas gentes que llegaban a las tierras granadinas con



## Alpujarras



altas pretensiones y arrastrando un odio histórico hacia los moriscos y demás infieles. Todo comenzó como empiezan siempre estas cosas, las prohibiciones dieron paso a los castigos desproporcionados y estos al sometimiento a regañadientes de la población musulmana que clamaba venganza en soledad, en la intimidad familiar o en las reuniones secretas en prados, sotobosques y

sierras. Los decretos reales nos habían obligado a renegar públicamente de nuestra fe, así como a dejar de lado nuestras prácticas religiosas, nuestra cultura representada en el modo de vestir, de alimentarnos, de hablar... prohibieron utilizar la lengua del profeta, la lengua del *Qur-an*, nos obligaron a cambiar nuestros nombres por nombres cristianos como Fernando, Diego o Juan, y depositaron las leyes de Dios sobre el nivel del estiércol. En el día de San Miguel, Hernando de Córdoba y Valor fue nombrado rey de Granada bajo reverencias y profecías, ataviado de ropajes purpuros y cuatro banderas dispuestas a sus pies, adoptando el nombre de Abén Humeya o Abén Omeya.

La rebelión de las Alpujarras comenzó en la víspera de Navidad con la toma de varios pueblos y el levantamiento en armas de otros muchos. Los asaltos y luchas dieron paso a las masacres más humanas o inhumanas dependiendo de cómo se entienda esto. Los monjes y alfaquis asaltaron todos los templos

y casas cristianas de casi todas las villas y pueblos alpujarreños, posteriormente se unieron gandules, corsarios turcos y berberiscos además de jenízaros. Los sacerdotes cristianos eran muertos de las formas más cruelmente imaginables. En ocasiones se les vejaba y se les daba escarmiento público hasta que renegasen de su fe pero pocas eran las veces en las que estos lo hacían. En el pueblo de Poqueira colgaron a los religiosos en una cruz que dejaban caer hacia delante de manera que esta se precipitaba al suelo con el religioso crucificado, esto se repetía hasta diez o doce veces hasta su muerte o hasta que decidían apostatar de su fe.

Por aquel entonces yo era un jovencísimo médico barbero que amaba la naturaleza de Allah, las plantas me apasionaban y me interesaba por los estudios filosóficos y tratados sobre medicina de los maestros hermanos de fe y de los sabios antiguos y actuales de occidente y oriente como los escritos sobre la planta del cannabis de



maese Francois Rabelais elaborados hacia más de un siglo en la obra Gargantua et Pantagruelion.

Yo era natural de Alboloduy y trabajaba como mozo de almacén. Cuando la revuelta comenzó Alboloduy se llenó de gentes desconocidas que venían de arribar en los puertos del sur, llegados desde Berbería y de los rincones más lejanos del imperio otomano. A finales de enero conocí a Abban Badr, un médico del imperio otomano enviado por el Gran sultán y portador de la magnificencia de la Sublime Puerta, el gobierno de Bab- i Ali, todo el poder de un descomunal imperio en una puerta que daba paso a uno de los centros de poder más grandes, si no el más grande, del mundo conocido. Abban Badr me contó que su ascendencia se remontaba a la familia de Abū l-Walīd Muhammad ibn Ahmad ibn Muhammad ibn Rushd, maestro andalusi. Siglos atrás habían emigrado a Mazar-e Sarif en un viaje épico que duró casi un lustro. La

sus conocimientos sobre plantas y remedios con la promesa de llevarme allí donde él fuese. A lo largo de esos tempestivos años de guerra aprendí a curar a la gente y a paliar el dolor de las heridas de los soldados producidas en crueles batallas y escaramuzas por medio de remedios naturales como el opio y el hachís, solamente nosotros

para diluirlo y lo dábamos a muchos de nuestros pacientes. Además, pude comprobar cómo los muyahidines consumían hachís antes de entrar en batalla y su vida solamente era ya una llave para entrar en el paraíso, ya no era suya, era de Allah, su ímpetu de morir por Dios solo era comparable a sus ansias por hacerlo llevándose consigo a tantos infieles



Alpujarreños



estirpe familiar cobró importancia en el marco del dominio turco y Abban Badr fue escalando puestos en el gobierno otomano por medio de las artes médicas hasta que llegó a ser embajador de la Sublime Puerta para occidente y por un tiempo médico personal de Süleyman I, el Legislador.

Rápidamente trabamos amistad y Abban Badr se volcó en enseñarme

podíamos tocar a los jenizaros, quien osaba hacerlo perdía una mano en el mejor de los casos. Poco a poco fui interesándome por la gran aplicabilidad del hachís para diversos remedios. A la gente enferma le ayudaba a recobrar el apetito y servía como paliativo para dolores leves e inflamaciones. Incluso constatamos en ocasiones que era un buen antiepiléptico, lo espolvoreábamos en agua caliente

como Allah les permitiese, nunca llegué a comprenderlo pero ello me empujó hacia el estudio de la planta de la cual salía el hachís.

Con la muerte de Abén Humeya, pocos meses después, el gran sultán ordenó la retirada de sus tropas de jenizaros y toda la ayuda al mismo tiempo que ordenó a su acólito de Berbería que retirase su apoyo. Parecía que la reconquista del Al-Ándalus no sería posible por medio de las armas. Abén Humeya y yo partimos hacia oriente, embarcando en los puertos del sur y cruzando el mediterráneo hacia la Sublime Puerta. Yo imaginaba todo el conocimiento acumulado en sus famosas bibliotecas, me veía a mi mismo embarcando hacia lejanas tierras como otrora la descendencia de Abū l-Walīd Muhammad ibn Ahmad ibn Muhammad ibn Rushd había hecho. Decidí dedicar mi vida y esfuerzos al estudio de la planta de cannabis para descubrir las bondades de esta que con el tiempo tendría presencia en todo el territorio musulmán y en muchas partes de la vieja Europa. 

